

Un pensamiento urbano todavía contemporáneo. Las vicisitudes de la herencia lefebvriana

AN URBAN THOUGHT STILL CONTEMPORARY.
THE VICISSITUDES OF THE LEFEBVRIAN LEGACY

Grégory Busquet* y Jean-Pierre Garnier*

PÁGINAS 41-57

Fecha de recepción: 15.05.2011 • Fecha de aceptación: 13.07.2011

RESUMEN

Después de haber ejercido una fuerte influencia en Francia en el curso de los años 70, las teorías de Henri Lefebvre sobre la ciudad han sufrido un eclipse durante los dos decenios siguientes antes de volver a ser descubiertas hace algunos años en la investigación urbana. Una vez identificadas las razones socio-políticas de aquel olvido, que tienen que ver con la posición social de la intelectualidad francesa y la evolución de la coyuntura político-ideológica, este artículo presenta varios aspectos de este retorno del pensamiento urbano lefebvriano, con las deformaciones a las que es sometido por quienes se valen de nuevo del sociólogo, en particular a través de los temas de la justicia espacial, del desarrollo urbano sostenible, de la participación ciudadana y, desde luego, del derecho a la ciudad. No se trata de restablecer la 'verdad' de la teoría lefebvriana sobre lo urbano, sino de intentar movilizarla para un análisis crítico de la urbanización capitalista tal y como se desarrolla hoy, así como de los discursos que intentan legitimarla. Aun si ciertas intuiciones de Lefebvre resultan superadas incluso erróneas, la aplicación de otras a la realidad urbana actual parece, por el contrario, hoy más pertinente que nunca.

PALABRAS CLAVE

Pensamiento crítico radical, relaciones de producción, justicia espacial, desarrollo urbano sostenible, participación ciudadana, eventos urbanos, pequeña burguesía intelectual.

ABSTRACT

After having exerted a strong influence in France during the 1970s, Henri Lefebvre's urban theories were eclipsed during the next two decades, before being rediscovered by urban studies recently. This article first identifies the sociopolitical reasons for this oblivion, due to a large extent to the social position of French intellectuals and to the evolution of the ideological context. It then presents several aspects of the come-back of Lefebvre's thinking, including the distortions made by those that misunderstand him, in particular when talking about spatial justice, urban sustainability, citizen participation and, of course, about the Right to the City. Our aim is not to reestablish the 'truth' about Lefebvre's urban theory, but to try to recover it for a critical analysis of contemporary capitalist urbanization. Even if some Lefebvre's ideas turn out to be outdated or even wrong, other seem more relevant than ever when applied to present urban reality.

KEY WORDS

Critical and radical thinking, relations of production, spatial justice, urban sustainability, citizen participation, urban events, intellectual petite bourgeoisie.

Debido a su carácter prolijo y evolutivo, el pensamiento de Henri Lefebvre da motivo a interpretaciones múltiples. Contradictorio en sí mismo, este pensamiento autoriza aún a sus exégetas a hacerle decir una cosa y la contraria. Así, algunos disciernen en Lefebvre un marxista consecuente que lleva la crítica de la modernidad capitalista mucho más allá de lo que Marx había podido vislumbrar en su época, pero que permanece fiel a sus lecciones, mientras que otros se empeñarán en demostrar que Lefebvre era un pensador post-moderno *avant la lettre*. Asimismo, para los adeptos a un comunismo libertario, la autogestión territorial lefebvriana sería el lógico corolario espacial del autogobierno popular, mientras que los partidarios de un reformismo templado prefieren descubrir en ella un gusto anticipado a 'democracia participativa'. Hasta el famoso 'derecho a la ciudad' parece el perejil de todo

* Maître de conférences, Département de Sociologie, Université Paris-Ouest Nanterre-La Défense (Francia), gregory.busquet@paris-valdeseine.archi.fr.

* Ingénieur de recherche, Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), Institut d'Aménagement et d'Urbanisme de la Région Parisienne (IAURP) (Francia), jp.garnier34@dbmail.com.

tipo de salsas ideológicas, situándolo unos en la perspectiva revolucionaria del dominio proletario del conjunto de sus condiciones de existencia, limitándolo otros a la posibilidad ofrecida a los ciudadanos despojados y relegados en las periferias de disfrutar, de forma ocasional y gracias a un sistema de transporte de alta eficiencia, del encanto urbano de los barrios céntricos.

No obstante lo anterior, hay una aportación fundamental de las teorizaciones de Lefebvre sobre lo urbano que no debería ponerse en tela de juicio ni ser objeto de tergiversaciones: él fue el primero en articular de una forma profunda y coherente análisis espacial con análisis de clase y análisis político, lo que explica tanto el éxito de sus teorías en Francia cuando la coyuntura socio-histórica era propicia a una politización de la ‘cuestión urbana’, como su olvido cuando la situación volvió a la ‘normalidad’. Esto debería incitar a la prudencia frente a la exhumación y reconocimiento de los que se beneficia el pensamiento urbano de Lefebvre en Francia desde hace algún tiempo, en un período en que la calma perdura tanto en la calle como en los espíritus.

Para Henri Lefebvre, el debate acerca de lo urbano, como de otras temáticas, no dejó de ser indisociable de un combate por la emancipación tanto colectiva como individual. Refugiarse en una falsa objetividad o una pseudo-neutralidad axiológica nunca fue con él. De ahí el tono y el enfoque a menudo polémicos de su toma de posición y de sus argumentaciones que si bien, efectivamente, contravenían las normas de la cientificidad académica (aunque sus adversarios jamás lograsen demostrar que fuesen menos científicas que las de ellos), tenían el mérito de la claridad, además de la novedad, y lo que es esencial: habida cuenta de la evolución reciente de la urbanización capitalista, el propósito que guiaba la reflexión de Lefebvre es más actual que nunca. Una cita extraída de *El derecho a la ciudad* (1968a:65) lo resume perfectamente: «La crítica radical tanto de la filosofía de la ciudad como del urbanismo ideológico es imprescindible en el plano teórico y en el plano práctico. Y puede pasar por una operación de salubridad pública». Esta es, en todo caso, la línea directriz adoptada en este artículo.

Las causas de un eclipse

Para entender las vicisitudes que ha atravesado la recepción en Francia del pensamiento lefebvriano acerca de lo urbano durante el último tercio del siglo pasado —un éxito bastante breve (1967-1976) seguido por un eclipse largo—, hay que relacionarlas con el contexto histórico, es decir la evolución de la coyuntura socio-política. El auge y luego el ocaso de un pensamiento crítico radical sobre lo urbano y, en general, sobre la sociedad deben mucho a la trayectoria social, al recorrido profesional y al camino ideológico subsecuente de una clase social nueva en aquella época: la pequeña burguesía intelectual (PBI) (Garnier, 2006).

El éxito y la influencia iniciales del pensamiento de Lefebvre fueron, en efecto, inseparables del aumento de la ‘contestación’ entre las capas intelectuales francesas (profesores, estudiantes, escritores, artistas, ingenieros, técnicos...). En Francia como, por otro lado, en Italia, España, Portugal y Grecia, el régimen político era, a la sazón, autoritario (dictatorial incluso, en el caso de estos tres últimos países) y bloqueaba el ascenso político de esta clase cuya importancia aumentaba a la par que el capitalismo se modernizaba. Sin embargo, su peso demográfico y su papel relevante en el desarrollo económico y la innovación cultural contrastaban con su marginalización en la escena política. Esta contradicción le provocó frustración y condujo a la radicalización de sus reivindicaciones. Como clase intermediaria, la PBI no tiene vocación de ‘hacer la revolución’, ya que, en la división social del trabajo entre dirigentes y ejecutantes, está estructuralmente destinada a realizar las tareas de mediación (concepción, organización, control o inculcación) que son indispensables para mantener y, al mismo tiempo, renovar las relaciones de dominación. Ahora bien, en Francia, el régimen gaullista —esa mezcla de poder personal, de arrogancia tecnocrática y de partido casi

único que había transformado las cámaras parlamentarias en un mero trámite— impedía a la PBI acceder al estatuto y a las funciones de clase gobernante —que no dirigente, puesto estructuralmente reservado a la burguesía—, estatuto y funciones que le tocan normalmente en el marco de las alianzas de clases que constituyen la base del bloque hegemónico en las sociedades capitalistas avanzadas. Por eso, la oposición de la PBI francesa al ‘sistema’ revestiría una forma extrema, por no decir extremista. Bajo la égida de sus líderes y de sus teóricos, quería acabar no sólo con el gobierno, sino también con la Quinta República e incluso, los más excitados, con el capitalismo. «Todo es político» —proclamaron entonces sus jefes de fila— tanto el espacio urbano como todo lo demás. Y, en la mente de muchos recién titulados en sociología, antropología o economía urbana, en urbanismo o arquitectura, la ciudad será erigida en nuevo frente de lucha de clases. Henri Lefebvre llegó a punto para dar un substrato teórico a este combate.

Sin embargo, como es sabido, lo bueno no dura mucho. Después de algunos años de agitación, la ‘contestación’ dejó sitio a la normalización. Instruidos por el disparo de advertencia Mayo del 68, los sectores más lúcidos de la clase dirigente tomaron nota del anhelo de los neo-pequeños burgueses de ‘poner la imaginación en el poder’, es decir, a ellos mismos. Bajo el sello de la ‘nueva sociedad’ y después del ‘liberalismo avanzado’, las puertas del poder se abrirán para ellos de par en par. La integración de las élites intelectuales en los aparatos ideológicos estatales (cultura, investigación, universidad...) y en el sector privado de la ‘información-comunicación’ (*mass media*, publicidad...) se llevará a cabo a un ritmo acelerado, al mismo tiempo que la recuperación de las temáticas ‘sociales’, referidas al modo de vida. ‘Cambiar la vida’ será elevado a credo oficial. Y, desde luego, en referencia a Lefebvre, también lo será ‘cambiar la ciudad’ (Garnier & Goldchmidt, 1977a). Dondequiera, incluso en los círculos oficiales, se hablará de la ‘revolución urbana’ pero vaciada de cualquier connotación anticapitalista. De ahí el compromiso entusiasta de los arquitectos, urbanistas, profesores, investigadores y otros especialistas de lo urbano que se despojarán entonces de sus oropeles ‘revolucionarios’, maoístas, trotskistas o incluso estalinistas, para obrar a favor de este cambio en la continuidad capitalista facilitado por la ‘ola rosa’, esto es, por la conquista de las municipalidades de varias grandes ciudades llevada a cabo por la izquierda institucional en 1977. La ascensión irresistible de la PBI culminará en apoteosis el 10 de mayo del 1981, con el acceso de sus representantes políticos a la cumbre del Estado. Como había previsto el sociólogo Pierre Bourdieu (1984:316), «la nueva pequeña burguesía ha pasado del estatuto de fracción dominante de las clases dominadas al de fracción dominada de las clases dominantes».

Retroceso de la ‘contestación’, desmovilización de los militantes. La mayoría de ellos han trocado los ‘proyectos de sociedad’ de su juventud por los planes de carrera de la madurez. El abandono y el olvido del pensamiento lefebvriano, así como de las teorías críticas, acompañaron esta adhesión progresiva (que no progresista) de la PBI y, en particular, de sus expertos en ‘problemas urbanos’ al orden establecido. Su ‘izquierdismo’ ha ido siendo reemplazado por un reformismo cada vez más moderado a medida que se insertaban y ascendían en el seno de las instituciones paralelamente a la llegada de sus semejantes a los puestos de mando del Estado a nivel central y, sobre todo, local (Garnier & Golschmidt, 1977b). La crítica radical de la urbanización capitalista ya no era oportuna. Esto era de aplicación, por supuesto, en primer lugar, a la que Lefebvre había iniciado y desarrollado, que será tildada, de ahora en adelante, de ‘trasnochada’. Para los profesores-investigadores ‘recentrados’, en efecto, no cabía duda de que el marxismo que él reivindicaba, aunque fuese renovado, debía pasar a formar parte de las ‘ideologías muertas y mortíferas’ del siglo anterior, no aptas para captar toda la novedad y la riqueza de las ‘mutaciones urbanas’ que se anunciaban.

En este contexto, la figura inclasificable de Lefebvre, a veces utópica, a veces programática o prospectivista pero siempre crítica, representativa de un marxismo disidente, parece extraviada en Francia frente al retorno con fuerza del positivismo y del cientismo que toma

a veces la forma de pragmatismo y se focaliza en aspectos de menor importancia de la realidad social. Blanco de numerosos ataques de Lefebvre, el mismo estructural-marxismo, asociado con un resurgimiento del empirismo cuantitativo para denunciar los daños ‘urbanos’ del ‘capitalismo monopolista de Estado’, no tardará en borrarse. Y la misma suerte correrá cualquier intento de análisis materialista de la ciudad y de la sociedad, y, por tanto, una buena parte de la corriente crítica de la investigación urbana.

Desde mediados de los años 1970, la investigación urbana francesa empezó a replegarse sobre ‘lo local’. Ya no se trata de comprender la ciudad en su conjunto, en su desarrollo global y en sus divisiones sociales, sino, al menos en el caso de los sociólogos urbanos, de observar el funcionamiento social del barrio, de la manzana, del edificio. Estimulada por la financiación de diversos ministerios, esta tendencia a privilegiar lo ‘micro’ a expensas de lo ‘macro’ se afirma y se confirma durante los años 1980. Va a la par del desarrollo de la etnología urbana, del estudio de las sociabilidades y de las relaciones de vecindad, y del análisis del espacio público, bajo el enfoque interaccionista, que siguieron a la traducción al francés de los textos fundamentales de la Escuela de Chicago (Grafmeyer & Joseph, 1979).

Este cambio de ‘escala’ en la aprehensión de las realidades urbanas por parte de los investigadores corresponde también, con carácter más general, a una reducción de la importancia y del alcance de las políticas públicas en este ámbito: fin del período de la planificación urbana; repliegue de la acción pública a perímetros de intervención delimitados, marco de ‘proyectos urbanos’ desconectados de toda visión de conjunto; inicios de la llamada *Politique de la ville* para contener las ‘violencias urbanas’ en las zonas de relegación residencial y que moviliza investigadores influenciados por las ‘teorías’ reformadoras del sociólogo Alain Touraine. ‘Desmarxizada’, la sociología francesa ya no aborda la situación y el futuro de las ciudades partiendo de las relaciones sociales capitalistas (explotación, dominación, enajenación...), sino en términos de ‘sociedad dual’ y de ‘exclusión’.

Finiquitados, pues, los ‘grandes sistemas explicativos’ de la evolución urbana, la modestia prima, tanto a nivel de la escala como de las ambiciones (Busquet, 2007). Lo local se vuelve el objeto de conocimiento pertinente (Sfez, 1977) tanto para la aprehensión y la comprensión de lo urbano —y de lo social— como para la acción. A un ‘mundo fragmentado’, a una ‘sociedad parcelada’ —metáforas reificantes que tienden a eufemizar la desintegración social consiguiente a la integración a marchas forzadas de la economía francesa en un mercado transnacionalizado— debía corresponder un ‘régimen narrativo’ adaptado. Había llegado el momento de «poner entre paréntesis los contenidos demasiado ‘masivos’ de la historia para dar cuenta de las regularidades minimales de la vida en sociedad, irreductible a los ‘discursos englobantes’» (Lassave, 1997:45). Será así la hora de los ‘pequeños relatos’ post-modernos. En ciencias sociales, esto dará lugar al ‘análisis microscópico de los procesos de socialización’, la ‘microsociología de las interacciones’, la ‘microfísica de las formas simbólicas’, el ‘examen minucioso de los movimientos infinitesimales de la escena pública’... En pocas palabras, cuanto más se ‘globalizaba’ el mundo capitalista y más se ‘mundializaba’ la urbanización, más se estrechaba la visión ‘científica’ conveniente.

De este modo, la tonalidad crítica de la investigación urbana respecto al capitalismo se desvaneció poco a poco en provecho de un enfoque ‘pseudo-desideologizado’ de los fenómenos socio-espaciales, cuya neutralidad postulada garantizaría su ‘cientificidad’. ¿Como si los debates acerca de los ‘problemas urbanos’ no mezclasen de un modo inextricable ciencia e ideología (aunque sólo sea por la elección de las nociones o de los conceptos utilizados, por no hablar de las temáticas y problemáticas) y como si, de una manera más general, las ciencias sociales no estuviesen impregnadas por presupuestos, o incluso por prejuicios, de orden ético, filosófico o político (Weber, 1921)! Signo de los nuevos tiempos ‘post-modernistas’, identificados con el ‘post-socialismo’ por una *intelligentsia* domesticada, la coartada de la científicidad ha sido, de hecho, puesta de nuevo en vigor como un arma de disuasión

contra los puntos de vista no conformes a ese ‘pensamiento tibio’ que, según el historiador marxista inglés Perry Anderson (2005), ha acabado asfixiando la vida intelectual francesa en el momento mismo en que el siglo XX llegaba a su término. Por lo tanto, no hay que asombrarse de que, a lo largo de estos años interminables de regresión del espíritu progresista y de renuncia a los ideales de emancipación, la concepción elaborada por Lefebvre en torno a la relación entre espacios y sociedades ya no gozase de olor de santidad.

No era aventurado pensar, en estas condiciones, que, en el siglo siguiente, iba a persistir la atonía en que se había estancado el pensamiento crítico acerca de la evolución de la ‘sociedad urbana’. Con todo, desde mediados de los años 2000, un cierto estremecimiento comienza a manifestarse las ciencias sociales francesas y en la investigación urbana en particular. ¿Efecto de la prolongación y la agravación de la crisis estructural del capitalismo? ¿Del auge de un movimiento ‘altermundialista’? ¿Del despertar tardío de un ‘espíritu de sedición’ considerado durante mucho tiempo, con razón o sin ella, como propio de la mentalidad del pueblo francés? ¿De un cambio generacional? ¿Del aburrimiento y del cansancio de tener que leer o escuchar desde hace más de dos decenios los mismos discursos pseudo-sabios? En todo caso, recientemente se multiplican los signos que permiten esperar que el mundo universitario, especialmente el de los geógrafos y, de un modo menor, el de los sociólogos urbanos, esté en vías de salir de su letargo político. Entre estos signos, está la exhumación progresiva de Henri Lefebvre del purgatorio donde había sido relegado.

Reconocimiento y desconocimiento

Hoy en día, en Francia, el renacimiento de un pensamiento crítico sobre lo urbano viene del extranjero. Y de la geografía. Más precisamente, de la influencia, desde hace algunos años, de la corriente ‘radical’ de la geografía anglófona. A partir de un enfoque orientado por el materialismo dialéctico y en una perspectiva anticapitalista, esta corriente, representada por varios teóricos destacados (David Harvey, Edward Soja, Don Mitchell, Neil Smith...) escoge como objeto de investigación las desigualdades sociales en el espacio, las segregaciones, la dimensión clasista de la urbanización y del urbanismo, la espacialidad de los conflictos sociales, la ciudad como lugar y soporte de la reproducción de las relaciones de producción. En Francia, la geografía social, enfeudada al Partido Comunista, hubiera podido representar esta tradición crítica. Pero el dogmatismo del marxismo estalinizado y el afán de reconocimiento académico de la generación de los geógrafos comunistas franceses de la postguerra no les predisponían mucho a abrirse a las teorizaciones marxistas importadas de los Estados Unidos. Y menos a aquéllas de un marxista no ortodoxo como Lefebvre.

Ahora, sin embargo, el pensamiento de Lefebvre efectúa un regreso en el seno de la investigación urbana en Francia, a través de una minoría de geógrafos y de algunos sociólogos urbanos. Pero se puede con razón plantear la cuestión de las modalidades de esta resurrección. Es cierto que el contexto económico, político e ideológico ha cambiado bastante desde los años 70, haciendo al mismo tiempo cambiar el mundo académico y universitario. El giro derechista de la ‘izquierda’ gubernamental en el curso de los años 80-90 y la avanzada triunfal de un capitalismo transnacionalizado, flexibilizado y financiarizado han calmado efectivamente los ardores críticos de las ciencias sociales en Francia. Lo que no quedará sin consecuencias en la manera de ‘rehabilitar’ a Lefebvre.

No se trata aquí de arrogarse la calidad de herederos testamentarios de Lefebvre o de declamar “la” verdad de su pensamiento, sino de apuntar, por una parte, los temas que participan del nuevo interés por sus teorías y, por otra parte, las recuperaciones, incomprendidas y malentendidas —por no decir ‘falsificaciones’— que éstas sufren en una coyuntura marcada por la incertidumbre política y el confusiónismo ideológico. En todo caso, se observa que la ‘despolitización’, o incluso una ‘desocialización’ del pensamiento de Lefebvre caracterizan una gran parte las interpretaciones y usos que se le vienen dando, en

contradicción con su teoría de lo urbano, basada precisamente en un análisis crítico y político del espacio como ‘producción social’... y política (Lefebvre, 1972a; 1974). En efecto, es imposible entender a Lefebvre si se hace poco caso de sus concepciones del espacio como «soporte, objeto u objetivo de estrategias y de luchas, incluso de contradicciones» (Busquet, 2007), lo que equivaldría a vaciar su pensamiento de toda su validez crítica.

Para abordar las ‘actualizaciones’ del pensamiento lefebvrino en la investigación urbana francesa, se tocarán algunos temas muy en boga en los estudios en ciencias sociales sobre lo urbano que hacen referencia más o menos explícitamente a este pensamiento, a saber: la ‘justicia espacial’, el ‘desarrollo urbano sostenible’, la ‘participación ciudadana’, lo ‘festivo’ y lo ‘lúdico’. Confrontaremos estos temas con las concepciones lefebvrinas acerca de las desigualdades socio-espaciales, la ecología, la autogestión urbana y el famoso ‘derecho a ciudad’. Hubiéramos podido añadir otros ejemplos, pero estos temas a menudo ‘inspirados’ por las concepciones de Lefebvre nos han parecido plenamente insertados en el actual contexto ideológico de las ciencias sociales —por no decir dependientes de éste— al tiempo que son presentados como innovadores.

Primero, en lo que al concepto de ‘justicia espacial’ se refiere, la idea principal adoptada ahora por la geografía social francesa, según la cual el espacio es un producto social, suscita un debate al otro lado del Atlántico entre los intelectuales, los geógrafos o sociólogos que se valen de Lefebvre. El geógrafo estadounidense Edward Soja, por ejemplo, en un artículo publicado recientemente en una revista francesa de geografía, decreta así, en su definición del concepto de la ‘justicia/injusticia espaciales’, que las discriminaciones y desigualdades tienen como causa y explicación, entre otras, el espacio mismo, su configuración y la política de ordenación territorial y urbanística, mencionando, sin embargo, que este concepto no tiene como vocación sustituir al de ‘justicia social’, sino contribuir a la elaboración de una nueva estrategia crítica de la injusticia en todas sus formas (Soja, 2009; 2010).

En la misma revista, el sociólogo Peter Marcuse insiste en el hecho de que:

[L]os remedios espaciales son necesarios pero no suficientes para terminar con las injusticias espaciales —aún menos con la injusticia social [...]. No es la regla del todo o nada: remediar la injusticia espacial puede contribuir de una manera esencial a la justicia social, pero los efectos quedarán limitados mientras la cuestión de la injusticia social, sobre la que se desarrolla la injusticia espacial, no sea también abordada. No puede existir justicia espacial en un sistema político, económico y social injusto en sí mismo. No es un motivo para no tratar las injusticias espaciales como tales, es solamente un motivo para reubicarlas en su contexto. (Marcuse, 2009:64)

De manera más áspera, el geógrafo David Harvey plantea que la búsqueda de una ciudad o de un espacio justo en el marco de un sistema injusto —el capitalismo— no tiene sentido (Harvey, 2010).

Estas interpretaciones diversas reanudan el debate ya antiguo acerca del ‘espacialismo’, neologismo que designa el postulado de la determinación de lo social por el espacio construido, del modo de vida por el marco de vida, una ideología tan vieja como el urbanismo y que, más atrás en el tiempo, impregna el contenido de todas las utopías desde Thomas More hasta la llamada ‘política de la ciudad’ desarrollada en Francia para mejorar la situación social en las zonas de relegación residencial a través del mejoramiento del entorno urbanístico y arquitectónico (Busquet, 2009; Chalas, 1997; Garnier, 2001). El ‘giro espacial’ del que habla E. Soja haciéndolo remontar a las teorías de Lefebvre viene ocupando el pensamiento de la ‘reforma social’ desde el siglo XIX, en particular a través de la geografía. Pero véase aquí a lo que ha quedado reducido, en algunos casos, el ‘derecho a la ciudad’ en el pensamiento radical de hoy: una vía para remediar las injusticias y desigualdades gracias a una acción transformadora sobre el espacio.

De este modo, el análisis crítico se encuentra despojado de la consideración de una eventual justicia redistributiva en un sentido amplio, de una reflexión en términos de poder y de dominación que no sea ‘por y en el espacio’. Por eso, resulta, en cierta manera, ‘despolitizada’. O mejor dicho, lo político, reducido a lo estatal, se vuelve comprensible solamente bajo la forma de una intervención ‘espacial’ de los poderes públicos, lo que es un contrasentido completo respecto al enfoque de Lefebvre. Cabe recordar aquí lo que Lefebvre, comunista, autogestionario y revolucionario, no dejó de repetir: otro proceso de producción del espacio y, por tanto, un espacio diferente, una ciudad diferente es posible sólo en el marco de otro modo de producción que esté vinculado con otra visión del mundo y con otro imaginario colectivo, en ruptura con la ideología urbanística contemporánea asociada al capitalismo. «Una revolución que no produce un espacio propio no va hasta el final de ella misma, fracasa, no cambia la vida, modifica sólo superestructuras ideológicas, instituciones, aparatos políticos» (Lefebvre, 1974). En otras palabras, un espacio liberado de la enajenación, que va a la par —¿hace falta recordarlo?— de una vida cotidiana también liberada, concepto esencial para Lefebvre, en ningún caso podría aparecer dentro de la sociedad capitalista, ya que la producción del espacio está determinada por las relaciones de producción al mismo tiempo que contribuye a la reproducción de éstas (Lefebvre, 1972b).

Esta posición realmente radical no es compartida por E. Soja cuando emite este juicio:

Un desarrollo perfectamente igual, una igualdad socio-espacial total, una justicia de redistribución pura, lo mismo que los Derechos humanos universales, no son nunca realizables. Cada una de las geografías que vivimos conlleva injusticia en un grado variable, lo que hace que la selección de los lugares de intervención sea especialmente crucial. (Soja, 2011:s.p.)

Así pues, E. Soja, seguido por los geógrafos franceses adeptos de la ‘justicia espacial’, para quienes es un gurú, lamenta que las sociedades capitalistas no sean tan justas como sería posible, pero, rechazando cualquiera idea de acabar con ellas, espera que puedan mejorarse si se escogen ‘los lugares de intervención’ adecuados. ¿Qué clase de ‘geografía radical’ es ésta?

En Francia, desde hace algunos años, el ‘giro espacial’ importado de los Estados Unidos hace pareja con el interés de los geógrafos o sociólogos por la cuestión del medio ambiente. Es cierto que la financiación pública favorece hoy en día la multiplicación de los estudios universitarios acerca del ‘desarrollo sostenible’, de la ‘ciudad verde’, de los ‘ecobarrios’... El contexto internacional, el del *greenwashing* generalizado del desarrollo capitalista, que es, a la vez, en el plano económico, un mercado nuevo y, en el plano ideológico, una legitimación nueva, tiene que ver con esto. Aplicada a nivel de las políticas urbanas, esta ‘ecologización’ del urbanismo se reduce a menudo a algunas medidas de ‘protección del medio ambiente’ (utilización de nuevos materiales de construcción y de energías renovables, lucha contra ruido, disminución de la circulación automovil en ciertas zonas urbanas, plantación de árboles, ...) que no ponen en tela de juicio la lógica global de la urbanización capitalista, resumida en la ‘tríada’ lefebvriana: homogenización, fragmentación, jerarquización. Lo mismo ocurre en el seno de las ciencias sociales, donde se hace cada vez más hincapié en los ‘impactos destructores de la acción de los humanos’ sobre la Naturaleza, los recursos, etc..., poniendo entre paréntesis las relaciones sociales de dominación y de explotación que orientan dicha acción.

En la Francia de los años 70, las reivindicaciones ecologistas fueron llevadas por dos corrientes del movimiento social de lucha contra el productivismo y el tecnicismo. Por una parte, grupos más o menos radicales movilizados contra la prioridad dada por sucesivos gobiernos a la energía nuclear y, por otra parte, poco después, la ecología política urbana, promovida por los militantes del ‘marco de vida’ que sueñan una ciudad ‘a escala humana’ que favorezca la proximidad tanto entre los ciudadanos como con el medio ambiente natural. Recuperada por la derecha modernista en el poder, esta temática del ‘marco de vida’,

acoplada a la ‘democracia local’ fue simultáneamente retomada por la izquierda institucional por razones principalmente electorales. Era, en efecto, entre la pequeña burguesía intelectual, cuyos votos se trataba de captar, donde esta temática encontraba su mayor eco.

Testigo de esta apertura a la cuestión del ‘marco de vida’, Lefebvre discernía en ella sólo una despolitización de la cuestión urbana:

“¡Cambiar la vida!” Esta idea, venida de los poetas y de los filósofos, formulada como una utopía negativa, ha llegado hace poco al ámbito público, es decir político. Se difunde degradándose: en consignas políticas. “Vivir mejor...”, “Vivir de otra manera”, “La calidad de la vida...”, “El marco de vida...”. De ahí se pasa naturalmente a las contaminaciones, al respeto de la Naturaleza, al “medio ambiente”. Y ya se pegó el cambiazco: quedan escamoteadas la presión del mercado mundial, la transformación del mundo, la producción de un espacio nuevo. (Lefebvre, 1974:212)

Sea como fuere, la investigación urbana francesa recobró un segundo aliento con el auge del ecologismo. La geografía, precursora en el estudio del medio ambiente, seguida de cerca por los sociólogos, se dedica desde entonces a analizar los efectos negativos de la urbanización sobre la ‘Naturaleza’. Esto autorizará a ciertos ideólogos adeptos a una ecología política corta de vista a referirse a Lefebvre para ubicar la ‘preocupación por el medio ambiente’ en el centro del derecho a la ciudad (Paquot, 2009). Con ello se viene a olvidar que, según el mismo Lefebvre, «el dominio de la Naturaleza, vinculado a las técnicas y al crecimiento de las fuerzas productivas, sometidas solamente a las exigencias de la ganancia (la plusvalía) [no puede desembocar sino en] la destrucción de la Naturaleza». Lefebvre había llegado incluso a «preguntarse si la destrucción de la Naturaleza no forma parte integrante de una autodestrucción de la sociedad, volviendo a dirigir contra ella misma, con el mantenimiento del modo de producción capitalista, sus fuerzas y su potencia...» (Lefebvre, 1972c:118).

En otras palabras, para Lefebvre, ninguna ecología política es posible sin poner en tela de juicio el modo de producción capitalista y no hay esperanza para la Humanidad sin la abolición de éste:

Lo que se llama polución, el medio ambiente, no es sino una máscara ideológica; en particular, el término ‘medio ambiente’ no tiene ninguna significación precisa: es todo y nada; la Naturaleza entera y las periferias. La polución, la crisis del medio ambiente son sólo la superficie de fenómenos más profundos, entre ellos, el desencadenamiento de una tecnología no controlada [...]. Para entender lo que pasa, hay que remontarse bastante más atrás, hacer la cuenta al revés del capitalismo y examinar el proceso extraño que va del espíritu conquistador al espíritu apocalíptico. (Lefebvre, 1972b:148)

Esta postura se acerca al punto de vista del ensayista estadounidense Lewis Mumford, quien, un decenio antes, ya entreveía la incompatibilidad fundamental entre la preservación del medio ambiente y la continuación del desarrollo capitalista, desmintiendo así de antemano el postulado del famoso ‘desarrollo sostenible’:

En el marco del capitalismo y de sus principios, la expansión de las ciudades solamente puede desembocar en la destrucción de todos los elementos naturales donde los seres humanos que viven una vida colectiva pueden encontrar descanso y ocio cotidianos. Los ríos se convierten en colectores de residuos, el paseante ya no puede acercarse de la orilla del mar, las frondosidades son sacrificadas, edificios venerables derribados con el fin único de acelerar el tráfico. (Mumford, 1961:325)

Además, en Estados Unidos, se encuentran hoy otras prolongaciones de esta argumentación en la corriente marxista ecosocialista, en particular bajo el impulso del sociólogo John Bellamy Foster (2002), antiguo alumno de David Harvey, que propone, por el contrario, integrar la dimensión ecológica de la vida social en la lucha contra el capitalismo. Para los ecosocialistas, en efecto, querer salvar a la Humanidad procurando salvar el capitalismo,

tal y como se aplican a hacer los ecologistas institucionales en Francia, en Alemania y en otras partes, es un absurdo: ya no se trata de sacar un modo de producción de la crisis general que genera, sino de salir de este modo de producción en crisis para evitar el hundimiento en la barbarie. De ahí el carácter indisoluble de la revolución ecológica y del combate por el socialismo.

La prelación del ‘marco de vida’ en la Francia de los años 70, tanto en las políticas públicas como en las ciencias sociales, se dio en concomitancia también con la emergencia de una idea nueva, la de la ‘participación’ de los ciudadanos en decisiones de ordenación urbana y gestión local. Esta idea, nacida como reacción contra el urbanismo dirigista y tecnocrático del régimen gaulista, estuvo auspiciada por los movimientos sociales urbanos: contra la especulación inmobiliaria y la ‘renovación’ de los barrios populares en las áreas centrales de las ciudades (sinónimo de ‘deportación’ de los habitantes desalojados hacia la periferia), contra las condiciones de vida en los tugurios y en los nuevos polígonos de viviendas sociales, contra los proyectos de infraestructuras que desbarataban el entorno... Con la radicalización política propia del contexto de la época, la reivindicación de ‘participación’ dejó rápidamente el paso a otra: la ‘autogestión’. En efecto, el ‘socialismo autogestionario’ que, durante algunos años, se volvió la doctrina de los militantes e intelectuales de la ‘segunda izquierda’ francesa (los futuros social-liberales), anticomunista y anti-estatista, debía ser aplicada, según ellos pensaban, no sólo en los lugares de trabajo sino también en toda la ciudad (Busquet, 2007). Esta temática entrará en la investigación urbana tanto más fácilmente cuanto que Lefebvre, cuya influencia había alcanzado su punto máximo en ese momento, la había teorizado, más que ningún otro, bajo la apelación de ‘autogestión urbana’ o ‘territorial’ (1968a; 1968b; 1970a).

No faltan los escritos donde Lefebvre explica lo que él entiende por ‘ciudadanía’, en particular en el ámbito de la política urbana. Pero hay que distinguir entre los del período en que él pensaba que no se podía separar la revolución urbana de la perspectiva de una revolución socialista, y los del periodo siguiente, cuando, llegada al poder la izquierda institucional, deberá revisar a la baja sus esperanzas de transformación social. Sólo los primeros merecen ser retenidos aquí en la medida en que permiten no dejarse engañar por los innumerables discursos ‘ciudadanistas’, más consensuales unos que otros, que prevalecen hoy en Francia entre los políticos de la izquierda oficial y entre los círculos eruditos que los aconsejan sobre la ‘democracia participativa’ que supuestamente remediaría las insuficiencias de la ‘democracia representativa’. De hecho, so pretexto de ‘consolidar’, de ‘profundizar’ e incluso de ‘refundar la democracia local’, las élites municipales se afanan en poner en marcha mecanismos institucionales de sujeción ideológica que inciten a los habitantes a aceptar más fácilmente decisiones cuya iniciativa escapa a su alcance.

Por el contrario, para Lefebvre, el compromiso activo de los ciudadanos en la solución de los problemas urbanos tenía sentido sólo en una perspectiva de transformación radical de la sociedad. Entraba de lleno en la cuestión del poder e implicaba nuevas relaciones de producción, lo que, conforme a la concepción marxiana, significaba la abolición de la propiedad privada y la desaparición de la representación política y, en general, de un sistema capitalista en el que ya no habría que seguir ‘participando’. En efecto, según Lefebvre, una transformación de la sociedad supone la posesión y la gestión colectiva del espacio a través de la intervención permanente de los ‘interesados’ con sus intereses múltiples e incluso contradictorios. Por tanto, la confrontación.

En un debate organizado en 1967 sobre “El urbanismo hoy”, Lefebvre comenzaba recordando la perspectiva estratégica en que se inscribía su reflexión: «un reformismo urbano con miras revolucionarias». Dicho con otras palabras, la apertura de un frente nuevo anticapitalista para pasar sin dilaciones al socialismo. Él insistía muy especialmente sobre el lugar y el papel de los habitantes.

Lo importante me parece ser la intervención de los interesados. No digo ‘participación’. Hay también un mito de la participación. Mientras en las cuestiones de urbanismo no haya la intervención directa, violenta si es preciso, de los interesados, mientras no haya la posibilidad de autogestión a escala de las comunidades urbanas locales, mientras no haya tendencias a la autogestión, mientras los interesados no tomen la palabra para decir no solamente lo que necesitan, sino lo que quieren, lo que desean, mientras no den un informe permanente de su experiencia del habitar a los que se estiman expertos, nos faltara una base esencial para la resolución del problema urbano. Y, desgraciadamente, se tiende siempre a evitar la intervención de los interesados. (Lefebvre, 1967:9)

Conviene precisar que aquellos que Lefebvre llamaba ‘los interesados’ eran los simples ciudadanos y no —o no sólo— los representantes locales electos. En cuanto a los expertos en ordenación urbana, ellos debían, según Lefebvre, abandonar su *habitus* tecnocrático y, a la vez, poner fin a su sumisión a las fuerzas capitalistas.

Debemos partir de este punto de vista: la intervención de los interesados, tanto en los problemas de descentralización como en los problemas de urbanismo, es esencial, y, por esta razón, un cuerpo de urbanistas estatales (es decir, con cierta independencia frente a los intereses privados pero controlados por la base, es decir controlados democráticamente en una orientación socialista) podría ser una etapa o algo interesante en el camino hacia la solución de nuestro problema. (Lefebvre, 1967:9)

En aquella época, en Francia, la transmisión de las responsabilidades de política urbanística a los gobiernos locales y regionales no era efectiva todavía. Pero la necesidad de la descentralización estaba ya en la agenda, no sólo de la oposición al poder gaullista, sino también de éste. Habían sido lanzadas ya algunas tímidas reformas para ‘democratizar’ el funcionamiento del aparato estatal. Sin embargo, para la ‘cúpula’ de éste, se trataba sólo de poder seguir controlando la totalidad sin tener, en adelante, que controlarlo todo. Una estrategia y también una estratagema que Lefebvre no había dejado de señalar y denunciar:

Uno de los problemas más paradójicos y escandalosos de la política actual es hacer una descentralización puramente ficticia, simplemente operada por los organismos del Estado sin que los interesados tengan realmente voz o voto, lo que es del todo extraordinario. Con el pretexto de la descentralización, se centraliza un poco más, ya que el Estado centralizado se encarga de la descentralización que, por eso, es puramente ficticia. (Lefebvre, 1967:15)

Más de treinta años después, ya no es el Estado central sino las instituciones locales y regionales, y en particular las municipalidades, quienes tienen el control de la organización y el funcionamiento del espacio urbano. Sin embargo, los habitantes están privados más que nunca de cualquier poder de influir sobre las decisiones, salvo en cuestiones de detalle. La ‘participación’, ordenada y puesta en marcha —o, mas bien, puesta en escena— por quienes toman las decisiones, es decir el alcalde y los concejales, aconsejados por sus expertos y ayudados por líderes asociativos complacientes y ‘notabilizados’, es siempre un simulacro. Es fácil de comprender que la autogestión urbana, de la que Lefebvre se mostró el abogado más brillante y convincente, se convirtiese en ‘democracia participativa’ cuando desapareció la voluntad de cambiar el mundo.

Para concluir sobre el tema, dejamos de nuevo la palabra a Lefebvre, pues lo que dice no ha perdido un ápice de actualidad:

Insisto mucho en la idea de que puede existir una participación ilusoria: reunir doscientas personas en una sala y decirles, presentarles un tablero: he aquí los planes que han sido elaborados. Esto no es ni siquiera una consulta, esto es publicidad, es una pseudo-participación. Ahora bien, esto ya se ha hecho, yo podría decir dónde y cómo. (Lefebvre, 1967:4)

Tras las cuestiones de ‘justicia espacial’, de ‘desarrollo sostenible’ y de ‘democracia participativa’, se podría mencionar, por último, otro tema afectado por la actual inflación de referencias a Lefebvre en la investigación urbana francesa: la dimensión ‘lúdica’ y ‘festiva’

del derecho a la ciudad. En los años 60, Lefebvre, inspirado por sus amigos los situacionistas, defendía un derecho al ‘juego’ en el espacio urbano y la vida cotidiana, a la sorpresa, a lo imprevisto, lo que, para él, remitía a la reapropiación colectiva —y, por tanto, revolucionaria— de la ciudad como medio para superar la enajenación mercantil y utilitarista del capitalismo (Lefebvre, 1965; 1968a). Eso no tiene nada que ver con la multiplicación, desde hace décadas, de ‘fiestas’ urbanas organizadas por municipalidades y financiadas por empresas privadas, con el objetivo de hacer olvidar a la población local, a través de una movilización consensual y controlada, en lugares y fechas programados por las autoridades, la existencia repetitiva y aburrida que le es impuesta (Garnier, 2008). Algunos comentaristas creen ver en estas festividades normalizadas y normalizantes una realización del ‘derecho a la ciudad’. Con todo, nadie mejor que Lefebvre ha presentado el carácter facticio y mistificador de esta política cuando aun estaba en un estado incipiente: «Es una apariencia caricaturesca de apropiación y de reapropiación del espacio urbano que el poder autoriza» se indignaba Lefebvre «cuando permite cabalgatas en las calles, mascaradas, bailes folklóricos. La apropiación verdadera, la “manifa” efectiva, es combatida por las fuerzas de represión, que ordenan el silencio y el olvido» (Lefebvre, 1970a:146).

Entre actualización y superación

Enfrentados a las transformaciones —algunos investigadores hablan de ‘mutaciones’, una noción que Lefebvre rechazaba¹— ocurridas en el ámbito urbano desde la publicación de sus escritos más importantes sobre el espacio y, en particular, sobre la ciudad, las tesis e hipótesis de Henri Lefebvre pueden dar lugar a apreciaciones mitigadas. Por un lado, es innegable que algunas de sus interpretaciones y suposiciones llevan la marca de la época: confirman que su pensamiento pertenece al siglo que terminó antes de tiempo con la caída de los regímenes europeos del socialismo realmente inexistente, en el momento en que el propio Lefebvre llegaba al término de su vida. Por otro lado, este pensamiento sigue siendo muy actual por muchos motivos: anticipó a menudo tanto las evoluciones posteriores de la realidad urbana como ciertos puntos de vista críticos que hoy son adoptados por los investigadores para explicarlas.

Ciertamente, son fáciles de señalar las tesis o hipótesis lanzadas por Lefebvre y desmentidas por los hechos. Esto ha autorizado a numerosos especialistas de ‘lo urbano’, teóricos o no, a valorarlas no sólo como superadas, sino aun como erróneas. Se ha hecho el listado de esas tesis muchas veces, así que nos limitaremos aquí a recordar las más sobresalientes.

Ese es el caso del concepto de ‘modo de producción estatal’ que Lefebvre (1975) había pensado que debía lanzar ‘caracterizando la época moderna’, un aserto que no podía caer peor en un momento en que, por todas partes, el Estado se veía obligado a retroceder frente al potente avance de las fuerzas del mercado. En efecto, hoy no parecería muy atinado escoger como blanco prioritario la acción del Estado, de su burocracia y su tecnocracia, en la producción del espacio urbanizado. Importaría más bien apuntar hacia la inacción de los poderes públicos o, más exactamente, hacia la ayuda diligente que proporcionan, principalmente a nivel local, a la satisfacción de los intereses privados en hacer de la ciudad un objeto de ganancia y, a la vez, una condición para la ganancia. No se puede decir que el Estado central haya sido especialmente omnipresente ni que haya tenido mucho peso durante los últimos decenios. La imagen de un Estado que administra, que organiza el espacio y que incluso lo produce, rematando así su obra (Lefebvre, 1975) es más válida para las políticas de ordenación del territorio y de urbanismo impulsadas de forma autoritaria bajo De Gaulle y Pompidou, que para las impulsadas blandamente e incluso abandonadas bajo el signo del

¹ «Siendo el término “mutación” un término favorable que implica que sabemos adonde vamos, mientras que, en la mutación de esta sociedad, no sabemos muy bien adonde vamos» (Lefebvre, 1969:5).

‘liberalismo avanzado’ de Giscard d’Estaing y después por el social-liberalismo ‘socialista’ de Mitterrand, por no hablar del liberalismo económico desenfrenando del período reciente.

Los adversarios intelectuales de Lefebvre no han dejado de subrayar lo irreal de otra de las previsiones hechas por éste: el papel histórico del proletariado en el advenimiento de una civilización urbana des-alienada.

«Solamente la clase obrera puede invertir su actividad social y política en la realización de la sociedad urbana [...] sólo la clase obrera puede volverse el agente portador o el soporte social de esta realización del derecho a la ciudad» (1968a), se podía leer, por ejemplo, en el libro que Lefebvre había dedicado a la promoción de este derecho. Como parte de ‘la toma del poder por el pueblo’, el combate de los habitantes por la reapropiación colectiva del espacio urbano permitiría, según Lefebvre, «con y por la clase obrera, llevar a término la lucha de clases» (Lefebvre, 1972a). Poco después, sin embargo, deberá admitir que la burguesía lleva su lucha por el espacio y en el espacio, conservando la iniciativa (1974), y que, paralelamente, la clase obrera no había respondido a las esperanzas que ‘se’ habían puesto en ella —entiéndase por ‘se’ los intelectuales progresistas. «No es cierto que el proletariado haya cumplido la misión histórica que Marx le había encargado» descubría Lefebvre en 1975, con un obvio sentido de la lýtotes, en un libro cuyo título hubiera podido aplicarse a parte de su obra: *El tiempo de las equivocaciones*.

Una de esas equivocaciones consistió en apostar, también sin éxito, por las asociaciones de vecinos y los comités de usuarios que, a principios de los setenta, florecían en Italia, en España, en los Países Bajos, en Bélgica, en Japón, en Chile y, en una medida menor, en Francia para oponerse a tal o cual daño de la urbanización capitalista. Como muchos observadores de izquierdas o militantes, Lefebvre discernía, en la dinámica de lo que los sociólogos marxistas llamaban entonces ‘luchas urbanas’, el comienzo de una «convergencia de las reivindicaciones relativas al trabajo (la empresa) con las concernientes al espacio en su totalidad, es decir la vida cotidiana» (Lefebvre, 1978). En esto también los acontecimientos que siguieron desbarataron las esperanzas de Lefebvre. Cuando no fueron reprimidas y ahogadas, las movilizaciones por el ‘marco de vida’ desembocaron, en la mayoría de los casos, en compromisos. La ‘notabilización’ de los líderes neo-pequeño burgueses, mediante la colisión de intereses, se convirtió en colusión entre quienes tenían sus propios intereses. Y ello sin que el orden social ni el espacial fuesen modificados de forma significativa, a pesar de lo que había planteado la sociología de los ‘nuevos movimientos sociales’, que veía en ellos el tipo de combate (junto con los anti-nucleares, consumidores, feministas, etc.) capaz de retomar el papel histórico que Marx había asignado a la clase obrera (Touraine, 1978).

En el ocaso de su vida, Lefebvre, decepcionado por la evolución política mundial, no encontró más remedio que contar con el desarrollo de una ‘nueva ciudadanía’ (1991a) tan improbable en su emergencia como impalpable en su consistencia. Hundía entonces la identidad de clase de los ‘ciudadanos’ en el confusionismo ideológico de la ‘multi-pertenencia’ susceptible de ‘permitir al individuo repropriadarse del conjunto de las relaciones sociales en que se encuentra inmerso’ (1991b). ¿Sin tener antes que ‘expropiar a los expropiadores’, como decía el viejo lema proletario? En todo caso, ni una palabra sobre el tema en el manifiesto colectivo, idealista y consensual escrito por Lefebvre y algunos amigos, sobre el ‘contrato de ciudadanía’.

En un artículo largo publicado dos años antes de su muerte, titulado *Las ilusiones de la modernidad* (1991c), Lefebvre expresaba su decepción frente a una evolución de ‘la vida en la ciudad’ contraria a las esperanzas que él había abrigado de verla ‘dar lugar a relaciones completamente nuevas’. Ahora bien, si ilusiones hubo, en este caso, las primeras fueron las del propio Lefebvre, que parecía haber olvidado al final de su vida el enfoque materialista que había defendido durante años. Hay que ser, en efecto, algo optimista para imaginar que la continuación del crecimiento urbano bastaba para hacer nacer una civilización nueva en

ausencia de un cambio radical de sistema social; y bastante cándido también para asombrarse, como hacía Lefebvre en ese artículo, de que la extensión de la urbanización, ya desde entonces, haya seguido yendo a la par de la extinción de la urbanidad. Si la urbanización del mundo ha podido suscitar, por lo menos en Occidente, ‘muchas esperanzas’ en la época en que ocupaba el centro de la reflexión de Lefebvre, esto es antes que nada porque coincidía con una fase continua de expansión económica en la que los ‘frutos del crecimiento’, como proclamaban los gobernantes, estaban siendo menos desigualmente repartidos que los sacrificios que se sucederán más tarde y que serán impuestos a las clases populares en nombre de la lucha contra las crisis y las recesiones. A pesar de todas las críticas dirigidas a la urbanización capitalista, la modernidad que en ella se concretaba y que simbolizaba rimaba con prosperidad. En cuanto al hecho de que, desde entonces, «cuanto más se extiende la ciudad, más se deteriora la situación» (1991c), sólo la hipótesis central sobre la que reposaba entonces la visión urbana de Lefebvre podía llevarle a detectar en este fenómeno una ‘paradoja’.

Al dotar a ‘lo urbano’ de propiedades activas (simultaneidad, encuentro, reunión, etc.) desconectadas de los procesos económicos, culturales y políticos que, según los casos, pueden hacerlas efectivas o inoperantes e incluso agravantes, Lefebvre no podía ir sino de desengaño en desengaño a medida que las sociedades capitalistas entraban en una fase de descomposición de múltiples facetas. De ahí sus últimas lamentaciones: «Todo sucede como si [la transformación de las ciudades] sirviese de abrigo y refugio para las relaciones de dominación, de dependencia, de exclusión y de explotación» (Lefebvre, 1991c). Esta observación rara pero significativa deja entender que estas relaciones podrían existir, es decir desarrollarse y reproducirse, sin tener que materializarse ‘en algún lugar’. ¿Podrían mantenerse, pues, en levitación, por así decirlo, como suponía la desafortunada y controvertida formulación de la «proyección en el suelo de la relaciones sociales», de cuya ambigüedad Lefebvre nunca consiguió librarla? ¿O habría querido él que se alojasen ‘en otra parte’ distinta de las ciudades? ¿Pero dónde si, como él no había dejado de machacar, ‘lo urbano’ estaba en vías de mundializarse? «Se tuvo la impresión» recordaba él en ese artículo crepuscular «de que lo urbano [...] sería portador de valores nuevos y de otra civilización» (Lefebvre, 1991c). El problema es que no se puede construir una teoría, por coherente que sea, sobre una ‘impresión’. Tanto más cuando esta impresión debe mucho a una situación histórica cuya transitoriedad no podía ignorar el marxista que Lefebvre era.

No podemos, sin embargo, proseguir indefinidamente con este juego que consiste en detectar las pruebas del carácter irremediamente fecho de las concepciones lefebvrianas sobre lo urbano. Si algunas de ellas resultaron indudablemente equivocadas, otras se revelaron premonitorias respecto al devenir de las ciudades en este principio de siglo. La prueba es que numerosos conceptos, temáticas y problemáticas que parecían originales en la época en que Lefebvre los elaboró, forman parte ahora de los postulados comúnmente avalados aunque, como hemos podido ver arriba, no sin deformaciones y falsificaciones a veces, cuando se trata de la urbanización del mundo y de todo lo que esto acarrea para la humanidad.

Aunque hablar de ‘evolución urbana’ pueda prestarse a confusión (sobre todo si se acude a una filosofía de la Historia para definirla, tal como Lefebvre tenía tendencia a hacer, pese a lo que dijese) (Lefebvre, 1970a), con todo, él fue uno de los primeros pensadores, no en describir y criticar la ‘urbanización del mundo’ destacando el vínculo de ésta con el desarrollo del capitalismo y la decadencia de la civilización urbana —Lewis Mumford lo hizo mucho antes (1961)—, sino en demostrar, en una perspectiva de superación de este modo de producción, que aquella constituía una dimensión esencial de la dinámica de éste. Es por esto que, a condición de distinguir —si no de expurgar— sus aspectos idealistas e historicistas, el pensamiento urbano de Lefebvre conserva una fecundidad teórica y un alcance crítico inigualados que explican que todavía resulte adecuado a la época presente. Bajo el riesgo de esquematizar y reducir a un sistema rígido un pensamiento que Lefebvre deseaba abierto,

evolutivo y fragmentario, se puede, pese a todo, reconstruir su propósito en torno a algunas propuestas fundamentales que han superado la prueba del tiempo.

En primer lugar, se admite, salvo por los apologistas del orden establecido, que la ciudad y, en general, la urbanización son una inscripción —y no una ‘proyección’!— en el terreno de las relaciones sociales de un modo de producción tomado como una totalidad social y no limitado a una organización económica. De una manera general, éste produce un espacio que le es propio, ya sea *ex nihilo*, ya sea, más a menudo, transformando lo preexistente (‘renovación’, ‘recualificación’, ‘reconversión’...): se inscribe articulando en él prácticas sociales de todo tipo. Luego el espacio, especialmente el espacio urbano, constituye así el terreno donde se despliegan fuerzas sociales antagonistas, un nuevo frente de la lucha de clases. En este sentido, el espacio es innegablemente político. El hecho de que la vida y el ambiente en las ciudades resulten en su mayor parte pacíficos, no invalida este planteamiento. En los períodos ‘normales’, en efecto, el dominio de la clase dominante puede ser total sino totalitario, y la resistencia y, aún más, la contraofensiva de las clases populares son bastante escasas.

El espacio es tanto más político, añade Lefebvre, cuanto, objeto de la lucha de clases, es el lugar de intervención del agente que, por su función como ‘regulador’ de los conflictos, garantiza la reproducción de las condiciones generales de la dominación, a saber, el Estado tanto en sus instituciones centrales como, cada vez más, a través de las políticas públicas locales. Por medio del ordenamiento urbano, actúa una ideología: la del urbanismo cuya razón de ser es ‘racionalizar’ la dominación, es decir hacerla a la vez más eficiente y más legítima. En su desarrollo, el proceso de reproducción del modo de producción capitalista moviliza un conjunto de prácticas espaciales, de representaciones del espacio y de espacios de representación (relaciones imaginarias cuyo impacto es bien real), o sea, en términos lefebvrianos, lo ‘percibido’, lo ‘concebido’ y lo ‘vivido’ (Lefebvre, 1974). Cada nivel posee su propia eficacia dentro del marco establecido por las relaciones de producción fundamentales (explotación económica, dominación política, sujeción ideológica).

Con todo, el capitalismo no va a durar eternamente, contrariamente a lo que se busca hacernos creer desde hace varios decenios. Siendo un proceso contradictorio, la reproducción, subrayaba Lefebvre, puede alcanzar un punto de no retorno y de no recurso, punto más allá del cual el capitalismo ya no podrá reproducirse. ¿Dónde, cuándo, cómo? La cuestión queda, por supuesto, abierta, pero debemos a Lefebvre el haberla planteado en toda su complejidad sin darle, a diferencia de K. Marx, una respuesta asegurada (Lefebvre, 1973).

Suponiendo que tal punto pueda ser alcanzado, queda por saber en qué puede desembocar. Desilusionado por la ausencia del proletariado a la cita que él, como tantos intelectuales revolucionarios, le había imprudentemente dado, Lefebvre, al final de su vida, había caído un poco en el pesimismo, y el ciudadanismo renovado en que se había refugiado servía de sustituto, por no decir sucedáneo, de un progresismo agotado. El socialismo que, a principios del siglo anterior, en un alternativa famosa, Rosa Luxembourg oponía a la barbarie, ha fracasado en los países donde se suponía que había triunfado y, como apuntan varios lúcidos pensadores, no todos ellos marxianos, es la propia barbarie debida al capitalismo la que ha progresado, si es que se puede decir así (Stengers, 2009; Broswimmer, 2010). La degradación social y la devastación ecológica cuyos nuevos síntomas Lefebvre pudo observar en los años 80 se han acentuado, en efecto, desde entonces. Referente a esto, a la vista del estado del mundo actual, una advertencia lanzada por Lefebvre hace poco más de un cuarto de siglo parece hoy aún más pertinente:

Quizás estamos confrontados con un fenómeno de descomposición. [...] Claro está que esto sigue yendo, sigue funcionando... ¡Hay algo falso en esta sociedad, en sus instituciones, su economía, sus valores, su lenguaje también, pero, hasta la fecha, funciona! Esto puede durar todavía mucho tiempo por el camino del deterioro. El final puede ser horroroso. (Lefebvre, 1980:13)

De acuerdo con Lefebvre, que discernía en el modo de producción capitalista un modo de destrucción nefasto tanto para la humanidad como para la Naturaleza, los ecosocialistas, como hemos señalado arriba, juzgan ilusorias y embaucadoras las soluciones preconizadas por los expertos y las medidas ‘salvar el planeta’ dispuestas por los gobernantes y apoyadas por los ecologistas institucionales, que imaginan que así se podrá salvar el capitalismo. Ya no se trata, en efecto, de sacar al capitalismo de la crisis general que genera, sino de salir de este modo de producción en crisis para evitar caer en la barbarie.

Por eso, en el ámbito urbano, la otra ‘cara’ del pensamiento lefebvriano, la que corresponde al ‘optimismo de la voluntad’ que el líder y teórico comunista italiano Antonio Gramsci solía oponer al ‘pesimismo de la inteligencia’, es decir la visión y la mira ‘utopianas’ del pensamiento lefebvriano —desear lo imposible para realizar lo posible extrayendo del aquí y ahora el germen de un más allá—, podrían todavía, a poco que los investigadores y los profesores que reclaman a Lefebvre consientan en salir de su ghetto intelectual, ayudar a los despojados del derecho a la ciudad en sus luchas por definir y poner en práctica una política, con la estrategia que de ella se deriva, de apropiación colectiva del espacio urbanizado; no el espacio alienante legado por el capitalismo, sino uno remodelado gracias a la intervención activa de los habitantes de tal manera que resulte adaptado a un modo de vida en ruptura con el existente; un modo de vida espacializado donde la igualdad no iría en contra de la alteridad, de aquel ‘derecho a la diferencia’ reafirmado por Lefebvre y muy lejano del ‘ego-gregarismo’ —por emplear un neologismo fraguado por otro filósofo progresista— fomentado por la mercantilización general de las prácticas sociales y de las mentalidades, y en el que la singularidad postulada de cada uno disimula y consolida la conformidad de todos (Dufour, 2007).

A fin de cuentas, así como la producción del espacio ha permitido al capitalismo ‘sobrevivir’ hasta ahora, la ‘prueba del espacio’ parece ineludible para cualquier intento de transformación radical de las relaciones sociales. Ninguna transición hacia el socialismo es concebible, según Lefebvre, sin poner en tela de juicio teórica y práctica la espacialidad capitalista y la creación de un espacio nuevo. Como Lefebvre no temía afirmar con el ardor juvenil de sus setenta años, con ocasión de una conferencia dada en Argel en 1971, este imperativo de transformación sigue estando pendiente, ya que el «*el programa del comunismo*», debidamente actualizado, está aún por realizar (Lefebvre, 1973).

Bibliografía

- ANDERSON, Perry (2005) *La pensée tiède*, Paris: Seuil.
- BELLAMY FOSTER, John (2002) *Ecology against Capitalism*, New York: Monthly Review Press.
- BELLAMY FOSTER, John; CLARK, Brett & YORK, Richard (2010) *The Ecological Rift. Capitalism's War on the Earth*, New York: Monthly Review Press.
- BOURDIEU, Pierre (1984) *Questions de sociologie*, Paris: Éditions de Minuit.
- BROSWIMMER, Franz (2010) *Une brève histoire de l'extinction en masse des espèces*, Marseille: Agone.
- BUSQUET, Grégory (2007) *Idéologie urbaine et pensée politique dans la France de la période 1958-1981*, Thèse en urbanisme et aménagement, IUP, Université Paris 12 Val-de-Marne.
- (2009) “Le spatialisme et la pensée politique progressiste sur la ville”. En: BAUDIN, Gérard & BONNIN, Philippe, *Faire territoire aujourd'hui*, Paris: Editions Recherches.
- CASTELLS, Manuel (1968) “Y a-t-il une sociologie urbaine?”, *Sociologie du travail* 1.
- CHALAS, Yves et al. (1997) *Urbanité et périphérie. Connaissance et reconnaissance des territoires contemporains*, Paris: Ministère du Logement, Plan Construction et Architecture.
- DAVIS, Mike (2006) *Le pire des mondes possibles. De l'explosion urbaine au bidonville global*, Paris: La Découverte.
- DUBEDOUT, Hubert (1983) *Ensemble refaire la ville*, Paris: La documentation française.
- DUFOUR, Dany-Robert (2007) *Le divin marché*, Paris: Denoël.

- GARNIER, Jean-Pierre & GOLDSCHMIDT, Denis (1977a) *La comédie urbaine ou la société sans classes*, Paris: Maspero.
- (1977b) *Le socialisme à visage urbain Essai sur la local-démocratie*, Paris: Rupture.
- GARNIER, Jean-Pierre (1997) *Des barbares dans la cité. De la tyrannie du marché à la violence urbaine*, Paris: Flammarion.
- (2001) “Urbaniser pour dépolitiser: la rhétorique du spatialisme et du localisme”, École thématique «Violence, consensus, sécurité», École Nationale Supérieure- Lettes et Sciences humaines de Lyon.
- (2006) *Contra los territorios del poder. Por un espacio de debates... y de combates*, Barcelona: Virus Editorial.
- (2008) “Scénographies pour un simulacre. L’espace public réenchanté”, *Espaces et Sociétés* 134, pp: 66.81.
- GENESTIER, Philippe (1999) “Le sortilège du quartier: quand le lieu est censé faire lien”, *Les Annales de la recherche urbaine* 82, pp: 142-153.
- GRAFMEYER, Yves & JOSEPH, Isaac (ed.) (1979) *L’Ecole de Chicago. Naissance de l’écologie urbaine*, Paris: Aubier.
- HARVEY, David (1973) *Social justice and the city*, Oxford: B. Blackwell.
- (2000) *Spaces of Hope*, Los Angeles: University of California Press.
- (2010a) *Le nouvel impérialisme*, Paris: Les prairies ordinaires.
- (2010b) *Géographie et capital. Vers un matérialisme historico-géographique*, Paris: Syllepse.
- LASSAVE, Pierre (1997) *Les Sociologues et la recherche urbaine dans la France contemporaine*, Toulouse: Presses universitaires du Mirail.
- LEFEBVRE, Henri (1965) *La proclamation de la Commune*, Paris: Gallimard.
- (1967) “L’urbanisme aujourd’hui. Mythes et réalités”, *Les Cahiers du Centre d’Études Socialistes* 72-73.
- (1968a) *Le droit à la ville*, Paris: Anthropos.
- (1968b) *L’irruption de Nanterre au sommet*, Paris: Anthropos.
- (1969) “La crise de l’urbanisme contemporain”. En: A.A.V.V. *L’homme et la ville dans le monde actuel*, Paris : Centre d’études de la civilisation contemporaine.
- (1970a) *La Révolution urbaine*, Paris: Gallimard.
- (1970b) *Le manifeste différentialiste*, Paris: Gallimard.
- (1972a) *Espace et politique*, Paris: Anthropos.
- (1972b) “Les idéologies de la croissance”, Argel, Conférence publique. En: (2002) *La survie du capitalisme. La re-production des rapports de production*, Paris: Anthropos.
- (1972c) *La pensée marxiste et la ville*, Paris: Casterman.
- (1973) *La survie du capitalisme La re-production des rapports de production*, (3^a ed., 2002), Paris: Anthropos.
- (1974) *La production de l’espace*, Paris: Anthropos.
- (1975) *Le temps des méprises*, Paris: Stock.
- (1976) “L’espace: produit social et valeur d’usage”, *La nouvelle revue socialiste* 18.
- (1978) *De l’État* (4), Paris: UGE.
- (1980) *La crise à l’Est et à l’ouest : - La crise des structures / La crise des valeurs*, Paris: Centre populaire de formation socialiste, Cahiers du CPFS 1.
- (1991a) *Du contrat de citoyenneté*, Paris: Syllepse et Périscope.
- (1991b) “Une intervention inédite”, *M* 50, pp: 32-33.
- (1991c) “Les illusions de la modernité”, *Le Monde diplomatique, Manières de voir* 13, pp: 14-17.
- MARCUSE, Peter (2009) “La justice spatiale: à la fois résultante et cause de l’injustice sociale”, *Justice spatiale/spatial justice* 1, Univ. Paris Ouest-Nanterre La Défense.
- MUMFORD, Lewis (1961) *The city in history*, Paris : Seuil [Traducción francesa: (2011) *La Cité à travers l’histoire*, Marsella: Agone].

- PAQUOT, Thierry (2009) “Redécouvrir Henri Lefebvre”, *Rue Descartes* 63.
- SOJA, Edward (2009) “La ville et la justice spatiale”, *Justice spatiale/spatial justice* 1, Univ. Paris Ouest-Nanterre La Défense.
- (2010) *Seeking spatial justice*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- (2011) “La justice spatiale et le droit à la ville: un entretien avec Edward Soja”, *Justice spatiale/spatial justice* 3, Univ. Paris Ouest-Nanterre La Défense.
- SFEZ, Lucien (ed.) (1975) *L'objet local*, Paris: UGE, collection «10/18», n° 1170.
- STENGERS, Isabelle (2009) *Au temps des catastrophes. Résister à la barbarie qui vient*, Paris: Les Empêcheurs de penser en rond/La Découverte.
- TOURAINÉ, Alain (1978) *La voix et le regard. Sociologie des mouvements sociaux*, Paris: Le Seuil, 1993.
- WEBER, Max (1921) *Le Savant et le politique*, Paris: La Découverte.